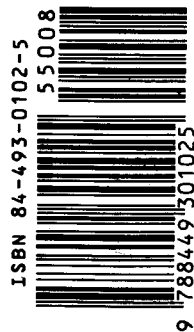


En tiempos de distancias satelitales, de interactividad informática y anonimato, el escenario massmediático acentúa, paradójicamente, el valor de la proximidad: palabras en directo, incursiones biográficas, testimonios, exaltación de lo íntimo y lo vivencial. La entrevista, viejo juego de poder y seducción, lugar de la voz autorizada, de la autoría y el desvelamiento, es sin duda un *best-seller* de la época. Su dinámica altamente ritualizada, que sin embargo resuena en la familiaridad de la conversación, hace posible un despliegue sin fin: de la política a la actualidad, del arte o la ciencia a una ética de las costumbres, a una educación sentimental. ¿Qué sería de nuestro imaginario cotidiano sin la pregnancia de la voz —o su huella en la escritura—, sin esos otros —héroes, estrellas, notables, prójimos— que nos hablan de multiplicidad, de diferencia, al tiempo que alimentan esa rara ilusión de un «ser común»? Escena emblemática de la comunicación, resguardo de autenticidad, sostén de la creencia, narrativa de la identidad, la entrevista —una invención dialógica y ficcional— hace evidente tanto una mística de la presencia como su eterno desliz: tensión irresoluble entre el afán configurativo de la interrogación —su pragmática y hasta su violencia— y la imposible captura del sentido.

Paidós Papeles de Comunicación 8

Leonor Arfuch es licenciada en Letras, profesora titular e investigadora de la Universidad de Buenos Aires. Ha trabajado en análisis del discurso político, de géneros discursivos mediáticos, y de formas biográficas y autobiográficas en literatura y ciencias sociales —la investigación que dio origen a este libro se terminó en 1990—, desde una perspectiva semiológica, afín a la crítica literaria y cultural. Ha publicado *La interioridad pública* (1992) y numerosos artículos en libros y revistas especializadas.



Diseño: Mario Eskenazi

Leonor Arfuch

La entrevista, una invención dialógica

Paidós Papeles de Comunicación 8

INTRODUCCIÓN

En el caleidoscópico horizonte contemporáneo, donde las ofertas culturales nos asedian haciéndonos vivir casi en permanente *zapping*, la entrevista periodística, esa vieja forma de indagación, ha conquistado un lugar de privilegio entre los géneros massmediáticos. Su versatilidad, que va de lo informativo a lo científico, de lo político a lo íntimo y hasta lo obscuro, no desdibuja su apuesta esencial: una especie de renovación cotidiana del contacto personalizado con el mundo, con una realidad que la revolución tecnológica hace cada vez más lejana e inasible.

Si en los *Diálogos* de Platón, Sócrates inauguraba el camino de la conversación con un otro como posibilidad de acceso al conocimiento, la entrevista ha conservado algo de esta herencia, aproximándonos a una gama muy amplia de personajes, temáticas y situaciones. Considerando su creciente expansión en el discurso informativo —uno de sus usos posibles—, es evidente que constituye una instancia irremplazable para la creación del contenido de las noticias, sobre todo en la radio y la televisión.¹ Remitiéndonos específicamente a la política, la entrevista ha ido reemplazando gradualmente a otras formas (declaraciones, mensajes, discursos oficiales), instaurando con las figuras públicas una relación de proximidad.

¿Qué es lo que hace a su peculiaridad, a su eficacia y hasta su insis-

1. Refiriéndose a la importancia creciente del género en todas las formas que asume la comunicación contemporánea, John HERITAGE lamentaba que, a pesar de ello, esta forma dialógica particular no «había atraído demasiado al estudio sistemático». (Van DIJK, T. y otros, 1985).

tencia en poner «bajo los ojos» todos los aspectos de la actualidad? Sin duda, el prestigio del «directo», esa obligación testimonial que está en el origen mismo de la institución social de la prensa. Pero ese diálogo, que se presenta como el acceso más inmediato a una palabra auténtica, testimonial, autorizada, se enfrenta a una paradoja: su credibilidad se construye con procedimientos propios de los géneros de ficción, literarios o mediáticos (formas de narrar, gestos, expresiones, entonaciones); su «objetividad» puede derivar curiosamente de la puesta en escena, a veces exacerbada, de la subjetividad.

Es que, justamente, los usos de la entrevista no siempre apuntan a incrementar nuestro conocimiento de los «hechos» sino, muy frecuentemente, a relacionar dos universos existenciales, lo público y lo privado, en una variedad de cruces, mezclas y superposiciones. Así, el carácter público de ciertos personajes autoriza a interesarnos en su vida privada, y a la inversa, la singularidad de algunas privacidades las hacen dignas del espacio público. La interdependencia entre estos dos espacios, que por otra parte ha sido ampliamente teorizada (Arendt, 1978), asume en la entrevista una dimensión modelizadora: no sólo se muestra (una vida, una función, un acontecimiento), sino que se proponen criterios de valoración e identificación, se postula un orden deseable, ejemplarizador.

Otro terreno en que predomina esta forma discursiva es la divulgación: la ciencia, el arte, la cultura, la reflexión, las problemáticas de la sociedad. Tanto en la entrevista breve al científico, el artista, el escritor, como en el libro de «Conversaciones» —que puede ser tanto teórico como biográfico—, se pretende una articulación tranquilizadora entre vida y obra, una aproximación al fenómeno de la creación, a ese «lado oculto» de la autoría que el producto en sí mismo no alcanzaría a iluminar. Es que en la entrevista —con excepción quizá de esos intercambios triviales cuyo objeto es casi publicitario—, siempre se juega al descubrimiento de una verdad, una revelación que el diálogo, en alguna medida próximo a la indagación detectivesca, ayudaría a descubrir.

Estas hipótesis generales organizan el recorrido del libro. No me he propuesto realizar un análisis lingüístico de la entrevista, aunque

no le resto importancia a tal empresa; tampoco trazar un inventario de los usos periodísticos, o una tipología de personajes. La idea es trabajar con libertad una trama de sentidos, aspectos múltiples que van desde su funcionamiento conversacional, sus reglas y sus desviaciones, hasta su incidencia en la configuración de lo político, por ejemplo, o de los territorios de la intimidad.

Esta sintonía entre el aparato formal, los usos y los significados sociales de esos usos —es decir, su relevancia en el contexto cultural—, encontró en la noción de género discursivo un principio organizador. Desde una óptica multidisciplinaria, la definición de la entrevista como género abordará en primer lugar la situación comunicativa, regida por el intercambio dialógico, sus participantes, su vecindad con la conversación cotidiana, los usos del lenguaje, sus infracciones, lo que de previsible y de imprevisible tiene ese juego intersubjetivo de la verdad (de lo coloquial a lo formal, del chiste, el malentendido, a la ironía o la agresión).

En segundo lugar, me interesó la manera en que interviene la afectividad, la expresión de los sentimientos, los personajes que se dibujan en esa escena (tanto entrevistadores como entrevistados), en busca de admiración, reconocimiento, identificación. Opuesta a las formas impersonales del discurso informativo, amplificando el detalle por encima de la mirada global, apoyada en la voz (la opinión, la creencia), la entrevista autoriza una hipótesis respecto de un uso regulador de los sentimientos en el plano social. Así aparece también con nitidez la figura del héroe, distante de los valores clásicos pero inspirada en nuevas hazañas, donde la fama suplanta con ventaja a las motivaciones trascendentales.

En cuanto al tercer aspecto, las «historias» que se narran en el devenir del diálogo, éstas van más allá del acontecer de la noticia o de la puesta al día de un campo de especialización, para acercarse a la literatura, y sobre todo a los géneros biográficos (autobiografías, memorias, diarios íntimos, testimonios, confesiones). La diferencia respecto de éstos reside quizá en la inmediatez del contacto, esa palabra que parece dicha sin mediación, en la espontaneidad del intercambio «cara a cara», y que aun las formas escritas tratan de restituir.

La entrevista a figuras políticas aparece tratada en particular, dado que es una de las formas más habituales de la comunicación política en nuestro tiempo —cada vez más identificada con el espectáculo—, que puede asumir tanto un carácter programático/propagandístico como intimista o humorístico. En mayor o menor medida, el diálogo apunta a la cercanía de la persona, a ese «ser común» del entrevistado que lo asemeja a cualquiera de nosotros y puede despertar, por ende, nuestra confianza.

Por último, he considerado los usos de la entrevista en la investigación periodística, su relevancia, sus semejanzas y diferencias con las formas vecinas de otras disciplinas. Allí se acentúa el carácter detectivístico de la indagación, ese mito de la búsqueda de la primicia, la resolución de un enigma o la denuncia del caso espectacular, aunque también opere, sin sobresaltos, en el planteamiento de temas y problemáticas cotidianos.

Este trazado de un género discursivo (el lenguaje, sus usos, los sujetos involucrados, sus destinatarios, sus escenas, temáticas, narraciones) no supone por cierto más que una relativa especificidad: a cada paso advertimos que los umbrales con otras formas son borrosos, y a veces indefinibles. Por otra parte, y aunque se formulen hipótesis respecto de los esquemas valorativos puestos en juego en la recepción, hay que tener en cuenta el carácter azaroso de la lectura, la negociación de sentidos que el texto siempre suscita en el lector. A esa suerte dejamos también librada nuestra lectura.

CAPÍTULO 1

LOS LENGUAJES DE LA ENTREVISTA

El funcionamiento del lenguaje en la entrevista nos remite a formas de las cuales tenemos una experiencia cotidiana: el diálogo, la conversación. A pesar de que el principio dialógico determina aquí que «uno pregunta y el otro responde», los recorridos son siempre azarosos. Pensar la entrevista como género discursivo es atender a la situación comunicativa, sus interlocutores, el «pacto de cooperación» que se establece entre ellos (aun cuando sea para disentir), sus reglas y sus infracciones. Pero también es considerar los sentidos de esa interacción, los sistemas de valoración del mundo que se ponen en juego, la relación con otras formas discursivas, el modo en que se articula al contexto sociocultural. El carácter público, institucionalizado, de la entrevista no impide el desbordamiento, la disputa, el humor, y hasta la inconveniencia. En ese juego intersubjetivo participamos como el «tercero incluido».

Si un día cualquiera nos decidiéramos a hacer un registro de nuestros consumos massmediáticos, desde las noticias de la mañana a la lectura más o menos apresurada del diario, la radio que quizá nos acompañe en el coche, las revistas que leemos distraídamente en el consultorio o la peluquería, y finalmente, el momento ritualizado en que nos instalamos frente al televisor, nos sorprendería descubrir que ese espacio múltiple, discontinuo, estuvo ocupado en buena medida por entrevistas.

Esas voces, en el sonido distanciado de las líneas telefónicas o con la calidez de su presencia en el estudio de radio, en la reconocible diagramación de la prensa escrita o el encuentro más o menos formal en la pantalla, nos habrán hablado de política, de crímenes, de experiencias de la vida, de chismes, de las novedades en los campos del arte o de la ciencia. Abstraídos o interesados, habremos seguido con naturalidad los diálogos, ese reparto desigual donde uno de los protagonistas (periodista, locutor, presentador, escritor) usa (y también, ¿por qué no decirlo?, a veces abusa) del derecho a la interrogación.

Habitados al oficio de la conversación —quizá el que ejercitamos con mayor asiduidad—, no somos ajenos a esa palabra pública, más bien estamos incluidos desde el principio en su dinámica, que moviliza nuestras propias creencias y sentimientos, y nos suscita la réplica o la objeción. Por ello, si nos preguntaran cuál es la diferencia con respecto a nuestras charlas cotidianas, probablemente diríamos que, salvando las distancias que nos separan de algunos protagonistas, se trata de la misma práctica.

Es justamente en esa semejanza, por momentos engañosa, donde podría delinearse el espacio social que ocupa la entrevista: por un lado, el diálogo como lazo de proximidad, como familiaridad del intercambio entre personas, cualquiera que sea el nivel

de las investiduras; por el otro, una estricta normativa institucional que rige las posiciones no intercambiables de entrevistador y entrevistado, los temas y recorridos autorizados según de quien se trate, los límites respectivos y hasta las posibles infracciones.

Terreno conflictivo por cierto: espacio público que puede involucrar a lo político, intereses en juego de los soportes mass-mediáticos, propósitos de los interlocutores, pugnas por el sentido de lo que se dice, vidas privadas puestas en escena. La complejidad de la apuesta comunicativa de la entrevista, en la que participamos como consumidores expertos y empecinados, merece sin duda que nos detengamos a analizarla desde diversos puntos de vista.

Pero, ¿por dónde empezar en esa caracterización, en el deslinde de similitudes y diferencias? ¿Cómo aproximarnos a un campo tan versátil, que cubre formas y usos tan distanciados entre sí? El camino elegido, siempre uno entre otros posibles, nos lleva en primer lugar a su materialidad, el lenguaje, a la escena comunicativa en la cual se realiza (el encuentro de por lo menos dos interlocutores), y a los sentidos que, por lo menos provisionalmente, se juegan en ese diálogo cara a cara, tan lejano y tan próximo del devenir socrático.

1.1. La invención dialógica

Si pensamos cómo es el funcionamiento de la entrevista desde el punto de vista de la situación comunicativa y sus participantes, la perspectiva de Mijaíl Bajtín (1982) resulta sumamente útil. Este teórico ruso, cuyos trabajos han tenido una influencia perdurable en la lingüística, la crítica literaria y otras disciplinas, ha desarrollado una reflexión tan profunda como abarcadora en torno de la enunciación y de su naturaleza interactiva, hasta el punto que su teoría suele denominarse «dialogismo».

Para Bajtín, toda enunciación es dialógica, es decir, supone

siempre un interlocutor (éste puede estar presente, ausente, fantaseado), y por lo tanto, el atributo principal de todo enunciado es su carácter de *destinado*, modulado por la «presencia» del otro (el destinatario), en la medida en que argumenta para persuadirlo, le responde por anticipado, se adelanta a sus objeciones («tal como yo me las imagino») a partir de una hipótesis sobre su capacidad de comprensión. El destinatario es entonces una figura imaginaria, una idea que tenemos de cómo podrá ser nuestro «Lector Modelo»; sin embargo, está inscrito en el texto o en la conversación, en su lenguaje, sus giros, sus recorridos.²

La idea de que el destinatario está presente en el enunciado aun antes de que pueda emitir cualquier respuesta, e inclusive independientemente de ella, sugiere un protagonismo conjunto de los partícipes de la comunicación. Siguiendo esta línea, la recepción puede ser vista como un proceso activo y simultáneo, donde si bien la secuencia lógica es que «uno habla y el otro escucha», para luego invertir los términos, en realidad ocurre que *todos «hablan» todo el tiempo* (ese continuo asociativo en que uno imagina, recuerda, piensa, evalúa *mientras* alguien dice).

Tal apreciación, válida aun para la relación desigual que sostenemos con los medios de comunicación, donde no tenemos posibilidad de «emitir» nuestra respuesta, es muy relevante en el caso de la entrevista, en la cual el diálogo se construye precisamente en esa mutua adecuación de hablar no solamente *para* sino *por* un otro.

Mel Brooks, entrevistado por Larry Siegel para *Playboy* (1982)

—Oiga, ¿quién es ese tipo que acaba de entrar a la habitación con una cámara fotográfica?

2. La noción de «Lector Modelo» fue desarrollada por Umberto Eco en su *Lector in Fabula* (1981), donde describe las estrategias, desvíos y «trampas» que el texto tiende a ese Lector imaginario e ideal, a partir de inferencias comunes. Es justamente en ese juego de dar pistas para la interpretación que el Modelo se constituye y define.

P: Es uno de nuestros fotógrafos. Le va a tomar una fotografía para publicar con el reportaje.

—¿Tengo que desvestirme?

Esta «adecuación» opera sutilmente de manera indirecta, desplazada, produciendo un efecto humorístico en la transposición de la situación de la entrevista a las características temáticas que han dado fama internacional a la revista.

1.1.1. El género discursivo, un espacio de heterogeneidad

También el concepto de *género discursivo*, propuesto por el mismo autor, es pertinente para nuestros fines. Recordemos que la vieja idea de *género*, proveniente del campo de la literatura, remitía a rígidas normativas a las que debían ajustarse las obras para merecer ser incluidas en un canon: «poesía lírica», «drama», «novela», etc.³ A pesar de que los criterios y las formas fueron variando a lo largo de los siglos y según las teorías, en general compartían la consideración de la obra como algo acabado, cuya pertenencia a un género dependía de sus características propias.

La noción de *género discursivo* amplía considerablemente el horizonte, al incluir no solamente a la literatura sino a cualquier tipo de discurso, pero con un propósito bien diferente: el de dar cuenta de las prácticas sociales que se juegan en cada esfera de la comunicación, sin pretensión normativa o clasificatoria. La atención se desplazará entonces de las reglas formales a la multi-

3. Las concepciones clásicas respecto de los géneros literarios se sustentaban fundamentalmente en el criterio aristotélico de los modos de enunciación (lírica, épica, dramática), o bien en la tríada platónica (narrativo —que subsume lírico y épico—, mixto, dramático). Más modernamente se postularon distintos criterios, entre ellos, el de los «mundos posibles» de la literatura y su relación con la realidad en cuanto referente, dando lugar a otras clasificaciones (fantástico, maravilloso, realista, surrealista, etc.). (Véase Genette y otros, 1986.)

plicidad de los usos de la lengua, los contextos y los usuarios o enunciadores. Más que a productos fijos, acabados, el género remite aquí a estabilidades relativas, a procesos en permanente tensión entre repetición e innovación.

Una función determinada —señala Bajtín— (científica, técnica, periodística, oficial, cotidiana), y unas condiciones determinadas, específicas para cada esfera de la comunicación discursiva, generan determinados géneros, es decir, unos tipos temáticos, composicionales y estilísticos de enunciados determinados y relativamente estables (Bajtín, 1982, pág. 252).

Desde este punto de vista los géneros son extremadamente heterogéneos, pero lo que los hace comparables es su naturaleza lingüística común: «Incluyen... tanto la diversidad de los tipos del diálogo cotidiano... como una carta.. una orden... todo un universo de declaraciones públicas... las múltiples manifestaciones científicas, así como todos los géneros literarios» (idem, págs. 248-249).

La heterogeneidad está presente incluso en el interior de cada uno, ya que los géneros son producto de mezclas y combinaciones. Entre los géneros discursivos simples o *primarios* se ubican justamente las formas cotidianas del diálogo, la conversación, los registros familiares.

Los géneros *secundarios* o complejos comprenden todas las variedades: periodísticos, literarios, oficiales, mediáticos, etc. Entre ellos ubicamos por supuesto a la *entrevista*, sin duda uno de los grandes géneros periodístico/mediáticos, pero que también es susceptible de ser considerada literatura o discurso científico, según ciertas formas, funciones, temáticas o enunciadores.⁴

El interés de esta tópic bajtiniana no es solamente el hecho de que permite pensar de acuerdo a múltiples variables, como

4. Nos referimos sobre todo a los libros de entrevistas, que pueden aproximarse a la autobiografía, si se centran en la vida del entrevistado, o bien al ensayo, si focalizan en su experiencia científica o artística.

lo estamos haciendo con la entrevista, la productividad discursiva en redes abiertas y virtuales. Su concepto de género discursivo supone también una *valoración*, o mejor, un conjunto de esquemas valorativos del mundo.

Volver a la entrevista desde la noción de género discursivo nos dará ahora cierta ventaja: los rasgos que vayamos anotando (funcionamiento, tipos de enunciadores y de enunciados, temáticas, situaciones, regularidades, valoraciones) se integrarán con mayor armonía en el trazado de una forma. De todas maneras, nuestro intento es más *descriptivo* que ordenador: aun cuando se trate de intercambios pautados, donde uno de los interlocutores es el que pregunta y el otro está allí para responder, sabemos que todo encuentro tiene una buena dosis de azar, y por ende, nunca es del todo previsible.

Juan Gelman, escritor (diario *Clarín*, 9/9/1993)

JG: Un amor muy fuerte que me puso frente a una cantidad de sentimientos que uno arrastra sin tener conciencia, como la muerte, la imposibilidad de la fusión con el otro, una cantidad de cosas... Pensar que uno en realidad le da a otro lo que uno no tiene. Yo no sé, ¿usted qué piensa?

P: No, yo soy el que pregunta, usted el que piensa.

Es esta imprevisibilidad de la palabra oral la que hace posible no sólo el movimiento y hasta la inversión de roles sino incluso el desplazamiento subrepticio de la pregunta misma.

Jacques Derrida (*Clarín*, 7/1/1993)

P: ¿Qué acontecimientos de los que tuvieron lugar desde entonces (mayo del 68) han tenido un impacto semejante?

JD: Hubo, claro, seísmos históricos o sucesos de gran magnitud.

Antes aun, la Guerra de Vietnam. Últimamente la Guerra del Golfo y la crisis de los países del Este. Pero hay muchas otras cosas que no tienen la forma de eventos, que carecen de la teatralidad propia de los acontecimientos y que, sin embargo, tienen una enorme importancia: por ejemplo, los efectos de la descolonización de África o la catástrofe del Tercer Mundo. Desastres frente a los cuales el problema del Sida parece pequeño. Incluso el fin del apartheid disimula un estado de cosas que no tienen la teatralidad mediática del acontecimiento. Más aún, pareciera que no hay acontecimientos. Pero lo que sucede es que hay que pensar de otra manera respecto a la noción de acontecimiento.

P: ¿Por qué?

Aquí, lo que guía la respuesta no es tanto el referente («los» acontecimientos), sino el propio concepto implicado, que genera un desplazamiento de la pregunta hacia el recorrido interior de la reflexión.

Si bien las entrevistas presentan una gran variedad, desde diálogos muy formales o interrogatorios estrictos a una suerte de charla entre amigos, el rasgo común a todas es una notoria flexibilización del lenguaje, donde está permitido el uso de expresiones coloquiales y hasta domésticas. Parecería que las mediaciones, inclusive las de la palabra escrita, no alcanzarán a disipar ese carácter de la oralidad, que se aviene por otra parte a la mística de la función periodística, a esa escena legendaria de la pregunta al testigo de los hechos.

La cercanía que sugiere la entrevista no tiene que ver solamente con el encuentro de sus protagonistas (que puede darse asimismo de manera indirecta, telefónica o por medio de un cuestionario enviado), sino también con una competencia que el receptor comparte con ellos. Contrariamente a lo que ocurre con otros géneros, donde éste puede muy bien interpretar pero no producir el texto (pensemos en la poesía, la novela, el ensayo, etc.), en la entrevista —y más allá de obvias especializaciones—,

la aptitud básica para el diálogo forma parte de sus competencias habituales.

En definitiva, es siempre en la recepción donde se resuelven las expectativas de un género y se consuman sus itinerarios virtuales. El lector no sólo actualiza un texto por el acto material de la lectura, sino sobre todo por los sentidos que le otorga, en diálogo con lo que el texto aporta. A pesar de que la lectura misma está sujeta a ciertas competencias históricas que determinan cómo debe leerse, siempre existe la libertad de alterar los códigos y leer de otro modo, en otra clave.

1.2. La conversación, una apuesta estratégica

Estos comentarios en torno a la lectura también son válidos para el terreno menos trillado de la conversación, que a pesar de su familiaridad, o quizá justamente por ella, fue tardíamente abordada como objeto de estudio. En efecto, fueron en principio los géneros literarios y posteriormente el discurso religioso, político o massmediático los que alimentaron una verdadera obsesión en los analistas, tanto desde la óptica lingüística como discursiva y comunicacional.

Probablemente tuvo que ver con esta demora la abrumadora diversidad de situaciones, protagonistas, niveles de lenguaje, ese desorden primordial que evocara el concepto de «habla», acuñado por Ferdinand de Saussure para designar lo inabordable, lo que quedaba fuera de la «lengua», único objeto de estudio por entonces formalizable en una ciencia lingüística en su «primera fundación».

La célebre dicotomía saussuriana oponía así «la lengua», como norma, institución social, sistema jerárquico de diferencias opuestas —los signos— que hace posible la significación, a su realización en los usos, el «habla» (justamente la imagen más cercana a la conversación), individual, caótica, heterogénea, dependiente de la voluntad de cada hablante y por lo tanto imposible de analizar.

Esta exclusión, quizá imprescindible para formular algunas distinciones en el terreno escurridizo de la significación, fue, como suele ocurrir, el punto de partida de una «segunda fundación» de la lingüística, aquella que, preocupada precisamente por los usos y las prácticas, postularía la noción de «discurso», no como otro modo de nombrar el «habla» sino como una diferencia cualitativa importante respecto de ella: el discurso, como puesta en juego de la lengua, algo que se dirime entre un «yo» y un «tú», es también social, intersubjetivo, sometido a reglas, lugar no sólo de una intencionalidad sino también de la repetición, de lo involuntario, del inconsciente.⁵

El umbral del discurso, así entendido, prometía nuevos y productivos itinerarios para el estudio de los fenómenos de significación, las ideologías y los discursos sociales. Si la conversación no fue primera en la predilección de los especialistas, su interés se fue insinuando sin embargo desde diferentes perspectivas. «La conversación —diría Roland Barthes en el prólogo de un número de *Communications* dedicado a ella— es uno de esos objetos que plantean un desafío discreto a la ciencia porque son asistemáticos y toman su valor, si pudiera decirse, de su pereza formal» (Barthes, 1979, pág. 5).

Ese número de la revista francesa, pionera en el análisis transdisciplinario de fenómenos y tendencias contemporáneos, colocaba a la conversación en el centro de la escena. De la complejidad de la retórica griega a las pláticas de las Preciosas en el siglo XVII, pasando por el refinado ejercicio literario de la conversación en Proust, se delineaba un espacio exuberante, abierto a resonancias poéticas, pero asimismo susceptible de teorización.

La entrevista también formaba parte de los objetos abordados, no ya en alguna de sus versiones más comunes, sino en esa especie de «antigénero» que la estética *pop* de Andy Warhol se

5. Es el lingüista francés Emile Benveniste quien postuló esta noción de «discurso», esencial en su teoría de la enunciación, que resultara de gran importancia para el psicoanálisis, el análisis del discurso y otras disciplinas. (Benveniste, 1966)

había encargado de cultivar. Lejos de la idea de verdad o revelación que está presente en toda entrevista, las de Warhol en su revista *Interview*, con su vocación de captar nada más que la repetición, el cliché, lo banal, operaban como un límite al sentido. Esa posibilidad —esa libertad— era tal vez lo que hacía relevante incluirlas como objeto de reflexión en ese incipiente espacio analítico (Mauriès, 1979).

Paralelamente, diversas indagaciones orientadas al análisis de los usos cotidianos fueron revelando que la conversación, más allá de sus infinitas variaciones, estaba sujeta no solamente a normas del lenguaje sino también a una trama lógica de relaciones y a ciertas reglas propias de funcionamiento que las frecuentes infracciones no hacían sino confirmar.

Un aporte fundamental en esta dirección lo constituyó el clásico artículo de H. Paul Grice, «Logic and Conversation». Allí se postulaba la existencia de un principio básico de cooperación, sin el cual nuestros intercambios cotidianos se reducirían a una serie de frases deshilvanadas: «(Nuestros intercambios) ...son el resultado, hasta un cierto punto al menos, de esfuerzos de cooperación, y cada participante reconoce en ellos (siempre hasta un cierto punto) un objetivo común a un conjunto de objetivos, o, al menos, una dirección aceptada por todos» (Grice, 1975, pág. 46).

Este objetivo o dirección puede ser definido en un acuerdo previo, someterse a discusión o aparecer durante el intercambio, pero en cada situación los participantes tienen la capacidad necesaria para operar el ajuste de lo que se considere apropiado.

Tal principio se sustenta a su vez en una serie de reglas agrupadas en cuatro categorías a la manera kantiana: la de Cantidad («Que tu contribución contenga tanta información como sea requerida»), la de Calidad («Que tu contribución sea verídica», «No afirmes lo que creas falso ni aquello de lo cual no tengas pruebas») la de Relación («Sé relevante») y la de Modalidad («Habla con claridad», «Evita ser ambiguo»).

Quizá la máxima de Relación es la que plantea mayores inte-

rogantes: ¿cuáles son los indicadores de la pertinencia de un tema o de una intervención (en otras palabras, cómo no «hablar por hablar»)?, ¿cómo se modifican durante un intercambio?, ¿qué procedimientos deben utilizarse para cambiar con legitimidad el curso de la conversación?

Manuel Puig, escritor, entrevistado por M.E. Gilio (1986, pág. 131)

P: ¿Qué le parece si empezamos por su infancia, en esa lejana provincia que para muchos es la Pampa?

—No, no. No quiero hablar de mi infancia. Ya hablé mucho.

—Resulta difícil hacer una entrevista a un escritor sin hablar un poco de su infancia.

—Sí, yo entiendo. Pero es que no quiero, no quiero ir para atrás, tan lejos. No quiero.

—Lo único que me puede convencer es que ir para atrás lo ponga triste.

—No sé, no sé si es eso. No sé —dijo con una voz tan melancólica que para mí fue evidente que era eso.

Si el orden racional de estas máximas y su idea tan marcada de finalidad e intencionalidad son quizá un tanto discutibles, lo que sí parece evidente es el carácter «cuasicontractual» de los intercambios. La noción de *implicatura* da cuenta de esto: ciertos sobreentendidos que comparten los interlocutores y que permiten descifrar en una conversación tanto la adecuación como la infracción.

Existiría así un modelo normativo implícito, socialmente aceptado, que las ocurrencias cotidianas se encargan de confirmar

objetivo
objetivo
objetivo
objetivo
objetivo

objetivo
objetivo
objetivo

objetivo
objetivo
objetivo

por vía negativa, a través de expresiones muy corrientes («es un pesado», «habla siempre él», «dice tonterías», «es un mentiroso», «es una tumba», etc.). También el humor se inspira a menudo en el efecto sorpresa de la inadecuación.

Mel Brooks, entrevistado por Larry Siegel en *Playboy* (1982, págs. 121-122)

P: ¿Cómo descubrió su sentido del humor?

—Lo encontré entre las calles Tercera Sur y Hooper. Estaba en un paquetito atado con un cable eléctrico y con una etiqueta que decía BUEN HUMOR. Cuando lo abrí, saltó de él un gran genio judío. «Te concederé tres deseos», dijo. «Bueno, mejor que sean dos.»

Aquí, el entrevistado decide ignorar el uso metafórico de la palabra «descubrir» que el entrevistador le ofrece —de alguna manera, no pacta—, y usándola de modo literal, como si el humor fuese una «cosa», lo que en realidad denuncia es lo absurdo de la pregunta misma.

Cabe señalar que las ideas de pacto, contrato, convención, cooperación, han tenido una gran productividad para dar cuenta de los usos del lenguaje, la competencia comunicativa, el estudio de la recepción y de la lectura. En este sentido, las encontraremos repetidas veces a lo largo de este libro, referidas a problemas y contextos diversos.

El enfoque de Grice nos permite pensar, en relación con la entrevista, que el acuerdo previo que permite el encuentro (una cita concertada de antemano, o bien, esa típica requisitoria periodística al paso), no necesariamente se mantiene en el curso de la conversación (esta puede volverse, como todos hemos observado alguna vez, un campo de batalla).

Pero es que, justamente, también la polémica —y hasta la pelea— supone una adecuación a los principios de cooperación, salvo en el caso en que alguien, sin darse por enterado, siga ju-

gando desaprensivamente otro juego (aludimos por supuesto a la muy conocida noción de Wittgenstein «juego de lenguaje»,⁶ que se aproxima, sin confundirse, a la de «género discursivo»).

En cuanto a la pertinencia de las cuatro categorías mencionadas, dependerá de la situación comunicativa, los intereses en juego y el tipo de entrevista, pero indudablemente una de las máximas más ajustadas para el caso es la de «Calidad», en tanto remite a la cuestión de la veracidad, principio básico del discurso informativo.

Pero no siempre la palabra adopta acentos reveladores o supone una toma de posición. Ciertos intercambios fácticos, triviales, donde lo importante es establecer el contacto, y si se trata de la televisión, simplemente «estar allí», bajo la cámara, parecen consumarse con independencia del diálogo, o con el simple recurso a unas fórmulas trilladas.

De todos modos, y en tanto la entrevista aparece como la escena más típica de la comunicación cara a cara, casi como un modelo canónico, se enfrenta siempre a la exigencia de ajuste, de autocorrección (que en las formas escritas supone un trabajo a posteriori), y los deslices tienen un umbral de aceptabilidad que incluye por supuesto el rechazo a responder determinadas preguntas o aun limita su propia formulación.

Por otra parte, el nivel metacomunicativo, e incluso metalingüístico, donde la palabra se vuelve sobre sí misma (se refuerzan o deslindan sentidos, se aclaran expresiones, se interviene en la interpretación, en lo que «se quiso decir»), alcanza una am-

6. «La expresión *juego de lenguaje* debe poner de relieve aquí que hablar el lenguaje forma parte de una actividad o de una forma de vida. Ten a la vista la multiplicidad de juegos de lenguaje en estos ejemplos y en otros:

Dar órdenes y actuar siguiendo órdenes

Describir un objeto...

Relatar un suceso...

Inventar una historia

Hacer un chiste.....

Suplicar, agradecer, maldecir, saludar, rezar... etc.»

(Wittgenstein, 1988, pag.39 y 41)

plitud mayor que en los diálogos cotidianos, sobre todo en entrevistas políticas y de divulgación científica.

Pero quizá una de las máximas a las que aun el lector desprevenido esté más sensibilizado, sea la de Relación («Sé relevante»), que acota según el medio, el soporte, el personaje y el destinatario los enunciados que deben y/o pueden ser dichos. Sobre ese límite, que puede transformarse en prohibición, se juega también la difícil articulación, ética, estética y política, entre lo público y lo privado. Más adelante volveremos sobre el tema.

1.3. Conversación y sociabilidad: «turnos» e infracciones

También desde una perspectiva sociolingüística, que pone el acento en la relación entre lenguaje y sociedad, la conversación ha sido objeto de interés. Un grupo de especialistas norteamericanos, los llamados «conversacionalistas»,⁷ consideran que los intercambios cotidianos son lugares privilegiados de ejecución de competencias socialmente adquiridas y relevantes, donde es posible estudiar la compleja red de las relaciones sociales, la distribución del poder, las identidades.

En este sentido se concentran sobre todo en los procedimientos y reglas de la interacción «cara a cara», y por ende, en los lenguajes gestuales y corporales (kinésica) y la utilización del espacio (proxémica),⁸ otorgando una gran importancia al funcio-

7. Los «conversacionalistas» (H. Sacks, E. Schegloff, G. Jefferson, entre otros) se inscriben en la tradición americana de las microsociologías, de gran expansión en los años 60 y 70, orientadas fundamentalmente hacia los comportamientos cotidianos y la producción del sentido común, donde se destaca el aporte de la fenomenología de Schutz, el interaccionismo de Goffman, la etnometodología de Garfinkel, la sociolingüística de Labov, etc. Una evaluación de conjunto de las principales tendencias puede encontrarse en WOLF, 1982.

8. La atención prestada a la comunicación no verbal, tiene mucho que ver con la práctica de la terapia sistémica desarrollada por la Escuela de Palo Alto, donde el analista trata al paciente juntamente con su núcleo familiar, y se observa el comportamiento proxémico/kinésico del grupo durante la sesión por cámara Gesell. Esta lectura gestual se integra de modo significativo a lo conversado en las entrevistas. (Bateson, Birdwhistell, Goffman y otros, 1961). (Watzlawick, Helmick, y otros, 1985).

namiento de los turnos, como principio ordenador de las intervenciones respectivas.

Verdaderos sistemas conversacionales, los turnos regulan los cambios de locutor, la duración de la emisión, la distribución de los participantes, la continuidad/discontinuidad en el uso de la palabra y por supuesto, las transgresiones. La dinámica es variable según el género en cuestión (conversaciones sociales, interrogatorio, conferencia de prensa, panel, debate, etc.), y opera en un equilibrio siempre amenazado por la pasión: todos sabemos del calor de la discusión, las tensiones, las disputas por el control o por «la última palabra».

¿Cómo funcionan los turnos en la entrevista? Parecería una pregunta irrelevante, por cuanto se trata en general de posiciones no reversibles, donde el cambio de voz estaría dado por la natural conclusión de la respuesta, y el rumbo de la charla por un «mutuo consentimiento». Sin embargo, no escapa a ninguna de las tretas de las que tenemos una vieja experiencia: disputar el espacio del otro, desviar una pregunta, interrumpir un hilo narrativo, desautorizar, agredir, cortar la palabra. Más aún, nuestra asiduidad como receptores atentos, nos habilita a percibir no sólo el ejemplo sino también el contraejemplo: he ahí lo que no debe hacerse cuando uno sostiene un diálogo con otra persona.

Carlos Monzón,⁹ entrevistado por M.E. Gilio, (1986, pág. 37)

Las primeras palabras en su casa fueron: «Rápido, porque me voy al cine».

P: ¿Qué le pasa, tiene miedo?

—¿Yo, a una mujer?

9. Boxeador argentino que obtuvo varios títulos. Varios años después de esta entrevista fue acusado de haber causado la muerte de su mujer, golpeándola y empujándola durante una pelea. Actualmente está todavía en la cárcel por ese crimen.

P: No a una mujer, a una periodista.

—Nooo.

P: Yo sí le tengo miedo.

—¿A mí? No le voy a pegar. ¿Por qué?

P: Sé que no le gusta hablar. Que no quiere reportajes.

—No, eso, para mí... Bueno, hay algunos que le tienen miedo hasta a los muertos. Yo, para mí, se murió, se jodió.

P: ¿Cómo empezó a boxear?

—¡Oh!, ésas son preguntas viejas (...)

P: ¿Por qué se ríe ahora?

—Por las pavadas que inventan los periodistas. ¡Inventan cada pavada!

Otra noción pertinente para pensar nuestro género discursivo, es la de «parejas» de enunciados, cada uno de ellos formulado por un enunciador diferente pero que se corresponden en una relación complementaria: pregunta/respuesta, invitación/aceptación-rechazo, reclamación/concesión, etc. Aquí también, a un encadenamiento lógico, esperable, pueden contraponerse alternativas tangenciales, respuestas laterales, elusivas, en forma de nuevas preguntas, juegos de humor, deslizamientos que hablan en definitiva de las estrategias discursivas idiosincrásicas de una sociedad.

Mel Brooks, entrevistado por Larry Siegel en *Playboy* (1982, págs. 121/122)

P: Mel, nos gustaría preguntarle...

—¿Quién es «nos»? Veo a una sola persona en este cuarto. Sin contarme a mí, por supuesto.

P: Al decir «nosotros» nos referimos a *Playboy*.

—En otras palabras, ¿quiere decir que usted me interroga en nombre de toda la sexualmente liberada organización *Playboy*?

P: Así es.

—De paso, ¿cuánto me van a pagar por este reportaje?

P: Nosotros no pagamos a nuestros entrevistados.

—¿Y qué me dice de usted, señor Nosotros? A usted le pagan por hacer esto?

P: Bueno, sí, pero porque somos empleados de *Playboy* (...)

—Le diré lo que haremos. Yo le haré las preguntas a usted. Y que me paguen a mí.

Estas aproximaciones a la competencia comunicativa podrían parecer un tanto formalistas, limitadas a funcionamientos mecánicos entre interlocutores entrenados. Sin embargo, el alcance de estas «microsociologías» (que por otra parte se abren a una pluralidad disciplinaria), a partir de investigaciones de campo muy minuciosas, es quizá la atención otorgada a la relación, siempre conflictiva, entre fenómenos sociales y lingüísticos, al punto de considerar que es en las prácticas conversacionales donde los individuos manifiestan y construyen el orden, los lazos y los sentidos de la sociedad en que viven, y, por supuesto, sus propias diferencias grupales, étnicas, culturales, generacionales, etc.

1.4. La entrevista como acción

Separados en tiempo y espacio, estos paradigmas comparten con el de John Austin, un eminente representante de la «filosofía del lenguaje ordinario» de Oxford, la consideración del lenguaje como un tipo particular de acción. La indagación de Austin ya en los años cincuenta, en torno de «qué se quiere decir cuando se usan determinadas expresiones» partió de un intento de refutación de las teorías representacionistas (el lenguaje «representa» los estados del mundo) y se centró en el análisis pormenorizado de usos y situaciones, para poner de manifiesto su carácter eminentemente creador, transformador de la realidad.

Así, todo enunciado, más allá de «lo que dice» cumple un acto ilocutorio por el hecho mismo de su enunciación, un *hacer* inherente al lenguaje: afirmar, proponer, objetar, opinar, interrogar, negar, prometer, ordenar, aconsejar, etc. En este sentido, lejos de ser un mero reflejo de lo existente, produce modificaciones en la situación, generando nuevas relaciones entre los interlocutores. Uno de sus ejemplos clásicos, la promesa, permite ver bien este principio: al prometer, alguien realiza una acción que crea una obligación, desde el momento en que otro tiene el derecho a esperar su cumplimiento (lo que algunos autores llaman una «transformación jurídica»). La acción de prometer, entonces, se cumple en sí misma, independientemente de que luego se concrete o no lo prometido (Austin, 1982).

Carlos S. Menem (Página, 12, 12/5/1989)

P: Usted aclaró en bastantes oportunidades que los cambios no vendrán tan rápidamente.

—Lo que hay que cambiar inmediatamente es una tendencia, un camino. Que en la Argentina vuelva a ser negocio hacer negocios, que vuelva a ser negocio trabajar. A partir de ahí, yo pido un plazo de dos años para empezar a ver realmente las soluciones.

Pero yo me comprometo desde el primer día a que se note el inicio de un camino distinto. (El subrayado es nuestro.)

Sin ir a intercambios tan arriesgados (los políticos siempre pagan costos por sus promesas pendientes), podría decirse que todo tipo de actos lingüísticos (afirmar, recomendar, advertir, elogiar, felicitar, etc.) produce un cambio en la situación, en la medida en que aquéllos son interpretados por otro, el destinatario, en un marco de circunstancias apropiadas.

Pero, ¿qué es lo que da sentido a la acción de prometer, ordenar, elogiar, afirmar, demandar, sino la existencia de convenciones sociales que dictaminan que las promesas deben cumplirse, que algunas personas pueden dar órdenes, que el elogio implica un reconocimiento, que una afirmación supone una responsabilidad, etc., etc.?

El acto o valor ilocutorio entonces, que concierne a la relación entre interlocutores y sus posiciones respectivas en la situación de enunciación, acentúa el aspecto *convencional* de todo intercambio, que supone reglas y condiciones necesarias para una satisfactoria ejecución. Nuevamente nos enfrentamos a la idea de un acuerdo, de un equilibrio normativo que sostiene la posibilidad misma de la comunicación.

Desde esta óptica, la entrevista se puede analizar como un ejemplo canónico: se construye a partir del derecho a preguntar, convoca por ello mismo al acto perlocutorio (lo que producimos y logramos porque decimos algo) en forma de respuesta inmediata,¹⁰ puede operar como un simple intercambio pero también como una instancia de verificación, de control o de denuncia, llegando inclusive a ejercer una violencia de la interrogación.

En efecto, es bien reconocible cierta modalidad tribunalicia donde el entrevistado parece sometido a juicio público, obliga-

10. El acto perlocutorio, en tanto respuesta, puede ser lingüístico o consistir en una acción de cualquier tipo.

do a dar detalles, cifras, datos, aclaraciones. En esos casos, los golpes de efecto, las citas sorpresa («en tal fecha usted dijo o hizo...»), toman claramente el lugar de la prueba para una acusación. Curiosamente, este registro no sólo se activa en relación a figuras o asuntos públicos (allí se juega un imaginario clásico de la información: el reportero/detective que en aras del interés general tiene la obligación de dar estado público a lo que quizás arteramente quiera ocultarse), sino también suele referirse al mundo de lo privado.

Entrada
de la
cut Límite peligroso que a veces deviene en sadismo, en agresividad del entrevistador: buscar una verdad puede terminar, como señalara Roland Barthes, en un gesto de indelicadeza «...por que al hablar, no tendríamos el derecho, en lo que respecta a tal o cual punto emitido por nuestro interlocutor, de quedarnos sin combustible?» (Barthes, 1983, pág. 12).

Juan Manuel Casella,¹¹ político (revista *Vosotras* oct. 1986)

P: ¿Comparte las tareas con su mujer? ¿Alguna vez dio el biberón, cambió pañales o bañó a sus chicos en estos catorce años?

—¿Tareas materiales? No. Bueno... a eso apunto. Compartimos su educación.

P: Pero un pañal, un biberón... ¿nunca?

—No... No... Nunca.¹²

11. J.M. Casella, perteneciente al Partido Radical, en ese momento en el poder bajo la presidencia de Raúl Alfonsín, se presentaba entonces como candidato a gobernador de la provincia de Buenos Aires.

12. Este ejemplo muestra una cuestión bastante interesante respecto de cómo se acentúa la diferencia sexual en la entrevista, que parece operar, sobre todo en lo que hace a los políticos, una especie de inversión simbólica: una «feminización» del hombre, llevado a hablar sobre su domesticidad, una insistencia en «hablar de política» en la mujer como para balancear el peso de sus «funciones» en el hogar, doble condición que difícilmente escapa a la pregunta. En ambos casos, hay una especie de autojustificación al respecto.

reiterar con fop / Julia / Julia

Los enfoques que hemos venido presentando permiten estudiar al género entrevista como una actividad discursiva compleja, que teje redes de intersubjetividad, crea obligaciones, ejerce la persuasión, el control o la violencia. En este sentido, aunque ligada a las prácticas de la conversación cotidiana, se aleja sin embargo de ellas por su grado de institucionalización, por su intencionalidad, por su articulación al espacio público y a la función periodística, por la notoriedad o el estatus de sus protagonistas, pero además, por el tipo de competencias exigidas en el rol del entrevistador.

En efecto, si bien los turnos se reparten generalmente en el juego mismo de la interrogación, la necesidad de ajuste constante entre preguntas y respuestas, así como el requisito de mantener el propio interés, el del entrevistado y el del público, demandan una serie de competencias específicas por parte del entrevistador.

Plantear con claridad las preguntas, repreguntar, volver sobre un tema o cuestión que quedó pendiente, resumir, glosar o desarrollar lo sustancial de las afirmaciones del otro, hacer avanzar el diálogo, anular el silencio, aprovechar elementos inesperados pero relevantes, dar un giro radical si es necesario, abrir una polémica, son algunas de las habilidades pragmáticas que resume el concepto de *formulating* (formulación) propuesto por Garfinkel y Sacks para este tipo de intercambios, que suponen una práctica inusual en la charla cotidiana.

Podemos contrastar dos ejemplos de «formulación»:

Oswaldo Dragún, dramaturgo (revista *Humor*, 1986)

—Hace casi dos años que no tengo trabajo en televisión...

P: ¿Y eso a qué se debe?

—No tengo la menor idea...

P: *¿Se puede hablar de censura?*

—*No, no crea...*

P: *¿Y de quién depende?*

—*No sé de quién depende... (y aquí comienza de hecho la respuesta, donde hay, efectivamente, un *quién*)*

Oscar Aráiz, coreógrafo, (*Clarín*, junio de 1986)

P: *Ocurre que no hay artista que no sueñe con llegar a la mayor cantidad posible de gente...*

—*No estoy de acuerdo.*

P: *¿Por qué?*

—*¿Y ¿por qué? ¿Para ser más conocido...? ¿Para tener más éxitos?*

P: *Porque piensa que tiene algo importante que comunicar.*

—*No. Yo no sé si la danza tiene que comunicar algo. ¿Quién dijo que tiene que comunicar algo?*

Mientras que el primer ejemplo se inscribe dentro de las formulaciones tendentes a desarrollar un tema, a sacar a luz algo que no se quiere y/o puede decir, el segundo parece más bien abogar por la negativa planteando una inversión de roles: el entrevistador propone al otro discurrir dentro de su propia lógica y el diálogo termina impulsado por el rechazo.

Este último ejemplo, que resulta anómalo para la percepción ya automatizada que se tiene del género, parecería confirmar una tesis de F. Flahaut (1978) según la cual la mayor parte de los diálogos se reducen, en su estructura profunda, a un intercambio

a menudo conflictivo, que tiende a confirmar las imágenes respectivas. La naturaleza del intercambio sería entonces la imperfección, la precariedad, un desajuste casi obligado que exige una adaptación mutua, un «remodelado» para alcanzar la ilusión de estar más o menos en la misma longitud de onda.

Sin embargo, el conflicto, en una cierta dosis, no es ajeno a una buena interacción: la diferenciación de posiciones redundante tanto en interés del tema como de la relación que se juega en ella. Este parámetro también puede servir para caracterizar tendencias en la comunicación (Orecchioni, 1986) (belicistas, pacifistas, intermedias).

En las formas radiofónicas o televisivas, la tensión posible entre ambas voces, la pugna o el desacuerdo, suelen ser inmediatamente evidentes (y muchas veces insalvables), aunque también se expresen en la materialidad de la escritura. Sin duda, hay allí un problema de tiempo, un «diferido», un trabajo unilateral a posteriori que, según como se mire, resulta inquietante: qué puede hacer el otro con la propia palabra al escribir; en definitiva, ¿cómo se reparte el poder de la enunciación?

Marlon Brando, entrevistado por L. Grobel en *Playboy* (1982, pág. 243)

P: *Durante la mayor parte de su carrera usted ha evitado las entrevistas prolongadas, ¿por qué?*

—*Me he arrepentido de la mayor parte de las entrevistas que me han hecho, porque no escriben lo que uno dice, o porque lo dicen fuera de contexto, o porque lo yuxtaponen de tal manera que no refleja lo que uno ha dicho (...) y además, se puede decir algo dentro de un determinado espíritu, con una sonrisa, pero cuando aparece impreso, la sonrisa no está.*

P: *Siempre podemos indicarla entre paréntesis (...)*

Ese momento utópico de la transparencia, de la restitución de una palabra «tal como fue dicha» aparece al mismo tiempo como regla y como imposibilidad de la escritura: la obligación de reproducir «textualmente» enunciados que sin embargo ya están fuera del marco de su enunciación, en otro contexto y otro tiempo. En un juego de cajas chinas, esa escena «primigenia» del encuentro, donde ya estábamos incluidos como un tercero virtual (destinatarios, alocutarios, públicos), entra, transformada, en un relato que pretende ser representación de esa escena, y que define a su vez los lugares posibles para el receptor.

Más allá de la fotografía casi obligada para la ilustración de la entrevista, o el reconocimiento ambiental que hace la cámara televisiva, hay en las propias formas escritas o radiofónicas un intento de representación «visual», de atrapar «entre paréntesis» aquello que es de otro orden (como la sonrisa), una utilización de signos diegéticos, a la manera del guión de cine, o del segundo texto teatral:

Mel Brooks, entrevistado por Brad Darrach (1982, pág. 129)

(Comiendo un puñado de pasas de uvas recubiertas de chocolate y masticándolas con la típica sonrisa del muchacho del barrio de Brooklyn): *—Muy bien, empiece con las preguntas, muchachito judío, o lo que se supone que sea.*

P: De episcopalista a episcopalista, ¿qué le parece si les damos a nuestros lectores una idea de su verdadero aspecto físico? En la primera página de este reportaje habrá tres fotografías suyas, pero creo que no le harán justicia. (...)

Aun cuando aparezca como un recorrido azaroso, librado a la iniciativa mutua, todo diálogo está atravesado por múltiples determinaciones, no sólo las inherentes al uso del lenguaje y a las posiciones de los enunciadore (tal como viéramos en los enfoques presentados), sino también las que imponen las institu-

ciones involucradas en cada caso y los soportes mediáticos en cuestión.

Esta «ajenidad» de la palabra (por cuanto se está obligado a decir o no decir, a «hablar por boca de otros»), compartida por los interlocutores, participa de un fenómeno mayor, que ya Bajtin analizara, y que tiene que ver con la pluralidad de voces que hablan, sin que nos demos cuenta, en los enunciados que consideramos «propios»: viejos saberes, creencias, dichos del sentido común, verdades que no necesitan demostración, opiniones fijadas por el estereotipo.

Así, cada enunciado no solamente interactúa, como vimos con un Otro que instituye frente a sí (dialogismo) sino también con la otredad de lo ya dicho, con el antiguo sustrato de una lengua y una cultura. En ese sentido nunca es un primero, por más que responda a nuestra iniciativa personal, al mundo de nuestra experiencia.

Giulietta Masina, entrevistada por M.E. Gilio (1986)¹³

P: ¿Qué distingue al primer actor?

—Su capacidad de ejercer sobre el público una especie de fuerza de gravedad, y eso no está solamente relacionado con que sean buenos. Hay actores buenísimos que no hacen llorar a nadie.

P: ¿Se trata entonces de una condición especial...?

—Actor se nace; es inútil querer serlo si no se tiene adentro una condición especial. (El subrayado es nuestro)

Este reconocimiento del carácter polifónico del lenguaje ha sido de gran importancia, tanto para la reflexión filosófica como

¹³ Agradezco a Debra Ferrari la búsqueda de algunos ejemplos pertinentes para este capítulo.

para diversas disciplinas. En primer lugar, porque contribuye a desdibujar la ilusión del sujeto como fuente de su palabra del sentido: hablamos no desde una absoluta soledad sino desde una trama sociocultural, *somos hablados* (diría el psicoanálisis) en tanto el lenguaje nos precede y nos impone sus marcas (de nuestro nombre) y más aún, en tanto no solamente somos sujetos de razón sino también del inconsciente.

Una segunda conclusión que podría sacarse es que el lenguaje atesora una sabiduría acumulada en sus usos históricos, una riqueza de significaciones que se actualizan en nuevos contextos. Asimismo, la idea misma de esa heterogeneidad, de esa trama polifónica de voces, nos hace sensibles a lo que, en el plano de los textos, puede denominarse *intertextualidad*: el modo en que dialogan entre sí los discursos, las diferentes huellas de uno en otros, las afiliaciones, las deudas y préstamos.

Desarrollando estos postulados, la lingüista francesa Jacqueline Authier distingue en la polifonía dos aspectos: una «heterogeneidad *constitutiva*» del discurso, que es la que no está marcada, y por lo tanto, es asumida como propia, frente a una «heterogeneidad *mostrada*», que está dada por todos los mecanismos donde se hace explícita la referencia a otros discursos: la citación, el entrecomillado, la cursiva, el uso de expresiones idiomáticas, la jerga, el discurso referido (directo o indirecto), la atribución de autoría, etc. (Authier, 1982).

En su estructura dialógica, y aun cuando consista en un breve intercambio, la entrevista permite sin embargo la expansión narrativa que tiene que ver con las transformaciones de una historia. En este sentido se aproxima a la *conversación cotidiana* —una actividad cuya naturalidad hace quizá imperceptible su importancia—, donde el sujeto, a partir de relatos personales, construye un lugar de reflexión, de autoafirmación (de un ser, de un hacer, de un saber), de objetivación de la propia experiencia.

Este trabajo narrativo tiene cierta similitud con los relatos de ficción de la literatura. Aquí también son identificables algunos de los componentes canónicos de aquella: la voz, y sus dis-

tincciones —autor/narrador/personaje—, el tiempo del relato, su velocidad y ritmo, los modos de la narración.

Pero si en el texto literario se ha establecido ya con suficiente claridad la distancia que va del *autor en carne y hueso*, con su biografía y sus obsesiones, al *narrador*, este último como una figura discursiva, voz interior al texto que talla sus propios acentos con independencia del orden de «lo real», en el reportaje haría falta trazar la diferencia entre la persona cuyo cuerpo y voz se imponen a la mirada y *quien habla allí*, en el diálogo, en definitiva también un sujeto discursivo. Pese a la innegable cercanía, tampoco aquí se confunden ambas figuras; por eso quizá pueda hablarse con mayor propiedad de *personajes* (tanto entrevistados como entrevistados) construidos para su exhibición pública, con los mismos procedimientos de ficción de la literatura o la televisión.¹⁴

Si ya en los umbrales de la modernidad, la conversación mundana del salón o la corte y su representación literaria jugaron un papel preponderante en la constitución histórica del ámbito de lo privado, otras conversaciones confluyeron en la delimitación misma del espacio moderno de lo público: las que tenían lugar en las «casas de refrigerio» londinenses del siglo XVIII, donde los temas de interés eran abordados por los contertulios dejando de lado diferencias entre rangos y clases sociales, las de los cafés parisienses y vieneses de la misma época, las que circulaban en circuitos tan diferentes como las tabernas de trabajadores manuales, los clubes en Inglaterra o los contemporáneos a la Revolución Francesa.¹⁵

14. La entrevista pone en evidencia un fenómeno cotidiano: al hablar, son las marcas emocionales, la gestualidad, la entonación, lo que realmente hace al sentido de lo que se dice. Pero esas marcas son también sociales, convencionales, y se espera en cada caso que sean las adecuadas a la situación (la gravedad, la pasión, la sorpresa, etc.). En una ida y vuelta constantes, si el arte «imitaba» la vida, ahora, la vida se nutre ya de gestos y expresiones del cine o la televisión.

15. Referencias en torno de la constitución de lo público a través de espacios de conversación pueden encontrarse en obras tan disímiles como Habermas, 1981; Sennett, 1978; Janick y Toulmin, 1983; Chartier, 1990; Aries, Duby y otros, 1990.

Estos espacios, contrapuestos a la creciente privatización del ámbito doméstico,¹⁶ sin confundirse con los que constituían la arena pública oficial (Parlamento, asambleas, juntas estamentales), tuvieron un papel protagonista en las transformaciones del Estado y las nuevas formas de la política, permitiendo la confrontación de ideas entre ciudadanos y tendencias, un tipo de intercambio que aparece como huella lejana de lo que, tras profundas transformaciones, entendemos como «opinión pública».

La revolución tecnológica, las cada vez más sofisticadas instantáneas de una comunicación vía satélite, los contactos informáticos y despersonalizados, no han acallado las conversaciones públicas, quizá sólo las han distanciado, multiplicando escenarios y voces. La entrevista, en el umbral entre lo público y lo privado, entre el intercambio personal y la audiencia masiva, entre la palabra y la imagen, es uno de los lugares posibles de su manifestación.

16. La división entre estos espacios se delineaba también en relación a la diferencia sexual: el amplio mundo de lo público/político como incumbencia de los hombres, la clausura de la domesticidad para las mujeres. El Salón o la tertulia continuaban siendo, no obstante, recintos privilegiados de conversación con neta predominancia femenina. Véase ARIES y DUBY, 1989.